

AZAR O DISEÑO

conversaciones trascendentales

VENTURA

CONVERSACIÓN 1

EL ARGUMENTO TELEOLÓGICO

La cafetería olía a canela y madera vieja. Afuera, las hojas amarillas y rojizas caían sobre la acera como si alguien hubiera derramado una paleta de acuarelas otoñales. Dentro, junto a la ventana empañada, dos hombres hablaban con la intensidad de quienes no pretenden convencer al otro, sino encontrar claridad en medio del desconcierto.

—Mira, el universo no puede ser casualidad —dijo Tomás, moviendo la cucharilla en su café sin apartar la vista del vapor—. Las constantes físicas, la carga exacta del electrón, la expansión inicial del universo... Todo parece afinado con una precisión absurda. ¿Tú sabes que si la fuerza nuclear fuerte fuera apenas un 0,5% más intensa, no habría átomos estables? Es como si alguien hubiera ajustado todo para permitir la vida. Es como mirar un cuadro y negar que hubo un pintor.

Julián esbozó una sonrisa. Había oído esa sinfonía antes, pero nunca de la misma manera.

—Y sin embargo, ese “cuadro” tiene manchas, trazos bruscos, zonas que parecen hechas con el pincel izquierdo de un principiante. ¿Conoces el ejemplo del nervio laríngeo de la jirafa? Baja desde el cerebro, rodea la arteria aórtica y vuelve a subir al cuello. Un trayecto diez veces más largo de lo necesario. Si eso lo hace un diseñador, necesita otro empleo. Pero si lo hace la evolución, tiene sentido: es una herencia de peces que no tenían cuello. La evolución no crea desde cero. Ajusta, adapta, improvisa.

En ese momento, el camarero apareció con paso ágil, bandeja en mano y una sonrisa que ya era parte del mobiliario. Dejó los cafés con precisión quirúrgica y murmuró:

—Dos cafés y un debate cósmico... No les cobro si me dicen quién gana.

Ambos soltaron una risa breve, de complicidad.

—Pero incluso la evolución necesita leyes —insistió Tomás, sosteniendo la taza entre las manos como quien busca calor antes de entrar en terreno gélido—. Necesita una plataforma donde operar. El azar no funciona en el vacío. ¿Por qué hay un universo con leyes comprensibles? ¿Por qué el lenguaje matemático encaja tan bien con la realidad física? Eso es lo que Einstein llamaba “lo incomprensible de que el universo sea comprensible”. Si hay orden, estructura, regularidad... ¿no sugiere eso una Mente, una razón subyacente?

Julián miró el cristal empañado, siguiendo con la vista cómo una gota se deslizaba lenta hasta perderse.

—O quizás sugiere que, siendo criaturas dentro del universo, desarrollamos modelos mentales que se ajustan a él. No porque el cosmos esté hecho a medida para nosotros, sino porque nosotros nos hemos adaptado a percibirlo de ese modo. Es como decir que un pez cree que el mar fue diseñado para él solo porque puede nadar. El ajuste fino es una ilusión si hay muchos universos posibles. Con suficiente cantidad, alguno tenía que salir apto para la vida. Y en ese, estamos.

—Pero eso es solo posponer la pregunta —replicó Tomás—. El multiverso no responde al “por qué”, solo al “cómo”. ¿Por qué existe algo en lugar de nada? ¿Por qué hay leyes, y por qué esas leyes permiten la conciencia? El argumento teleológico no dice que comprendamos al diseñador. Solo que es más racional postular intención que ciega indiferencia.

Julián asintió lentamente, sin conceder aún, pero reconociendo la hondura de la pregunta.

—A mí me impresiona el misterio tanto como a ti, pero hay algo en la idea de diseño que me inquieta —dijo—. Porque cuando dices que todo tiene un propósito, implícitamente estás diciendo que el dolor también lo tiene. Las catástrofes naturales, los niños que mueren de enfermedades sin sentido, el sufrimiento gratuito... ¿eso también fue parte del plan? Si hay un diseñador, ¿es incompetente o cruel?

Tomás guardó silencio unos segundos. Luego, bajó la mirada, como si respondiera a algo invisible.

—O libre. O paciente. Quizá un creador que valora la libertad de un mundo real, no perfecto. Un mundo que se desarrolla por sí mismo, con leyes estables, con posibilidades para el bien... pero también para el mal. El teísmo no exige un mundo sin dolor, sino uno con sentido. El arte más profundo no siempre es alegre.

—Y sin embargo —repuso Julián, sin acritud—, a veces el universo se siente brutalmente indiferente. Las supernovas no nos echan de menos. Los terremotos no piden disculpas. El sufrimiento existe, sí. Pero no porque alguien lo permita, sino porque somos materia compleja en un entorno complejo. Quizá lo notable no es que el universo tenga un propósito, sino que hayamos llegado a preguntárnoslo.

Tomás lo miró. En su rostro no había reproche, solo una serena melancolía.

—¿No es precisamente eso lo que resulta asombroso? Que la materia haya generado conciencia, belleza, música, compasión... No parece inevitable. Si el universo no está hecho con intención, entonces ha producido el milagro más improbable por puro accidente. Eso, para mí, es más difícil de creer que cualquier teología.

—Y, sin embargo, aquí estamos —dijo Julián, con una media sonrisa—. Tal vez somos un accidente... pero eso no nos quita valor. Al contrario, nos obliga a ser más cuidadosos. Si no hay plan, entonces somos los responsables de dar sentido. Y eso no es poca cosa.

Hubo un silencio. Uno de esos que no incomodan, sino que limpian el aire como una lluvia suave. Las conversaciones que no huyen del abismo tienen ese poder: permiten que las palabras respiren.

—Bueno... al menos estamos de acuerdo en que no lo sabemos todo —concedió Tomás, dejando la taza en el platillo.

—Y en que el misterio merece más café —añadió Julián, alzando la suya en señal de tregua.

Brindaron sin chocar las tazas. Afuera, una ráfaga de viento arrancó más hojas del plátano del paseo. Algunas chocaron contra el cristal y se deslizaron lentamente, como si quisieran escuchar. Dentro, la conversación podía detenerse por un rato... pero las preguntas, como el otoño, siempre vuelven.